

vida por “un solo motor” (p. 283); el petróleo, el cual ha creado un “Estado multimillonario y un pueblo empobrecido” (p. 290).

Concluye señalando “Afortunadamente, el crecimiento de la educación y la libertad democrática han permitido el desarrollo de las clases medias que fundamentan la estabilidad del país” (p. 290-291). Piensa que en general el pueblo venezolano “dispone de una clara identidad nacional, de una cultura básica común y de un destino histórico afianzado en hábitos antiguos de civilización” (p. 279).

Chicago, Illinois,
Invierno, 1980

Caracas: julio 25-30, 1980.

LAS MINAS DEL LIBERTADOR

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

Paul Verna nos ofrece en su estudio *Las minas del Libertador* (Caracas: Ed. de la Presidencia de la República, 1977. 305 pp.), el cual prologa el historiador J. L. Salcedo-Bastardo, un trabajo amplio, riguroso, documentado en torno a dos temas —que en el fondo son las dos caras de una misma moneda—. Se trata por una parte de la historia de las Minas de “Cocorote-Aroa” —las cuales pertenecieron a Simón Bolívar entre 1824-1830 (p. 109)—. En el mismo libro hallamos un minucioso examen del desarrollo y de los avatares de la comunidad de Aroa a través de tres siglos de evolución. Este libro de Verna es una obra bien escrita, cada una de cuyas afirmaciones están sostenidas documentalmente. Es a la vez un relato que se deja leer, que atrapa al lector y que le obliga a seguir las idas y vueltas por las cuales nos conduce su autor a través de los extraños caminos del devenir histórico.

La narración histórica que se nos ofrece en *Las minas del Libertador* no es otra que la peripecia o actuación del ser humano tras el espejismo de las minas. En este caso específico se trata de las de la zona de Nirgua.

La historia se inicia en 1612 cuando Alonso Sánchez de Oviedo descubrió el yacimiento. Sánchez de Oviedo era su legítimo propietario pero el Rey de España le arrebató sus propiedades y las entregó a Francisco Marín de Narvaez en 1663. Desde esa fecha —comenta Verna— pareciera, que como consecuencia del injusto arrebato, “la mala suerte habrá de acompañar a todos los que dirigían las minas o vivían de ellas, paralizando el éxito normal... y envolviéndolos en litigios y pleitos que iban a durar casi tres siglos” (p. 31). Esta no deja de ser, a primera vista, una conclusión curiosa. Pero Verna demuestra que en más de tres centurias las Minas sólo han tenido efímera prosperidad durante cerca de 70 años. Y en todos estos años sólo hallaron su verdadero florecimiento entre 1638-1655

cuando las administró Bartolomé López de Meza. El resto del tiempo sólo verían los habitantes de la zona: ruina, enfermedades, desolación, poca producción, pleitos sin fin y la sistemática muerte de sus altos empleados. En fin, nos dice Verna: parece ser que las Minas cumplían a fondo con la verdad de su nombre pues Cocorote quiere decir mala suerte en dialecto indígena.

Paul Verna se refiere detalladamente a la vida en las minas, demuestra que tanto Aroa como Cocorote constituyen la denominación de la misma veta. Se refiere también al desarrollo socio-económico de la zona.

De allí entra en lo que es el núcleo central de este libro: el paso de las Minas de Aroa a manos de la familia del Libertador. Como ya lo expresamos en 1663 Francisco Marín de Narváez —antepasado del Padre de la Patria— adquirió las Minas y la zona adyacente. Por sucesión pasaron a su hija —quien fue bisabuela de los Bolívar Palacios— y así llegaron a manos de Juan Vicente Bolívar y a la muerte de éste —acaecida en 1810— a manos de su hermano Simón.

Las Minas de Aroa habían sido abandonadas por Marín de Narvaez y durante mucho tiempo estuvieron inactivas. Actuaron así en esa zona diversos ocupantes quienes las utilizaron ante el desinterés de sus dueños. Fue sólo en 1823 cuando el Libertador comenzó a ocuparse de ellas. Tenía interés en arrendarlas o venderlas. Constituían la única propiedad que le quedaba de su cuantiosa fortuna. En 1824 las alquiló a una compañía inglesa y utilizó algunos de los recursos que le produjo el contrato en crear una pensión vitalicia para su amigo el publicista francés Abate de Pradt, en financiar las actividades educativas de Joseph Lancaster, en ayudar a las finanzas del Estado y proteger a familiares, soldados y amigos que pasaban por una mala situación económica como consecuencia de lo devastadora que había sido la guerra.

Sin embargo, el contrato con “The Bolívar Mining Association” duró poco ya que fallecieron, de fiebre amarilla, sus dos administradores. Fue en ese momento en que Bolívar decidió vender las Minas con la idea de utilizar su producto para retirarse de la vida pública y poder así pasar sin dificultades sus últimos años. En aquellos momentos ya el Libertador estaba consciente de que su obra grancolombiana sería devorada por las apetencias de los caudillos regionales. Por ello comenzó una serie de gestiones para vender sus propiedades del valle de Aroa. Sin embargo, todas las actividades desplegadas para realizar el negocio fueron entorpecidas por su hermana María Antonia quien hizo lo posible y lo imposible para frenar las negociaciones y así evitar la salida de las Minas del patrimonio familiar. En esta parte de *Las minas del Libertador* Verna nos ofrece una polémica investigación de crítica histórica. Presenta una visión de conjunto de los hechos, realiza una excursión en torno a la personalidad de María Antonia y basado en la consulta de documentos de primera mano puede así ofrecer al lector un cuadro claro del modo de ser de la “díscola” hermana de Bolívar. Avara, testadura, insensible ante el drama de su hermano, inconsciente políticamente, llena de prejuicios contra todos, María Antonia logró enredar el asunto de la venta tanto que imposibilitó la negociación en vida de Bolívar. Fue este el drama familiar que le tocó vivir al Padre de la Patria en sus últimos días. Las minas fueron vendidas en 1832 —dos años después de su fallecimiento—.

El libro de Verna no sólo ofrece el recuento minucioso de estos hechos sino que nos entrega también una exploración por la historia de las Minas desde 1832 hasta 1972.

Evanston, Illinois,
Invierno/1978.

EVOCACIONES SESQUICENTENARIAS

LUIS URDANETA: PRECURSOR Y MARTIR DE LA INDEPENDENCIA DE PANAMA

Por NICOLÁS PERAZZO

A fines de este mes de agosto se cumplen ciento cincuenta años de haber sido pasado por las armas, en Panamá, el valiente prócer venezolano General Luis Urdaneta, por las fuerzas comandadas por el Cnel. Tomás Herrera, al servicio del gobierno granadino del General José María Obando.

Urdaneta habíase levantado en armas, de regreso de su pasado de sacrificios, de glorias y de adversidad vivido en constante ejercicio de una fidelidad honrosa al lado de Bolívar, por los campos de batalla de la epopeya libertadora de Colombia, del Ecuador, del Perú y de la naciente Bolivia. Tenía en la mente el recuerdo fresco de la creación de la Patria americana, definida y soberana, sobre los anhelos autonomistas de sus hijos, que el genio libertador, con el concurso magnífico del Mariscal Sucre y de sus compañeros de armas, entre quienes se contaban el propio Luis Urdaneta, habían erigido en tierras del Altiplano, y de regreso de aquel escenario de ejemplar testimonio para las generaciones sucesivas, obligado a salir primero del Perú y luego del Ecuador, por los infelices acontecimientos que precedieron el doloroso fin de Bolívar, había ido a parar en la región colombiana del Istmo.

¿Quién era, podría preguntársenos, a pesar de todo, Luis Urdaneta?

Un acucioso investigador y buen amigo y compañero en la Academia Nacional de la Historia y en la Sociedad Bolivariana de Venezuela, el Lic. y Teniente (r) Francisco Alejandro Vargas, puede dar mejor que nadie respuesta a esa interrogante. Y lo hace en su interesante libro "Guayaquil y sus Libertadores", en la forma siguiente:

"Descendiente directo de recios infanzones guipuzcoanos del solar de la Villa de Uscarai de la Rioja, llegó de Maracaibo, en 1654 Don Martín de Urdaneta Barrenechea y Campo, casado que fue allí, en 1659, con Doña María de La Vega y Palacios, quienes fueron los fundadores de la gran familia Urdaneta de Venezuela y de América. Miembro de esta linajuda familia fue Don Luis de Urdaneta Faria,